

## Prólogo

Cuando en los albores del siglo XVIII, momento en el que pueden situarse los primeros pasos que conducirían al nacimiento de la Epigrafía como ciencia, los eruditos ilustrados europeos abordaron la edición de colecciones de inscripciones, evidenciaron la importancia que tenía la recopilación de cuantas fuentes resultasen pertinentes, ya se tratase de documentos manuscritos, ya se tratase de obras impresas, para la obtención de un resultado riguroso, crítico. De modo especial, completar la cadena de transmisión de un determinado epígrafe era, y por supuesto aún es, considerado un elemento de capital importancia para editar con las necesarias garantías las inscripciones perdidas, fragmentadas o en mal estado de conservación: el grado de fiabilidad de un determinado transmisor –la fidelidad de la copia de un texto dado, en suma– eran elementos clave para discernir «lo legítimo de lo espurio o supuesto»<sup>1</sup>. No obstante, y por rigor metodológico, el estudio de la transmisión epigráfica es también ineludible a la hora de abordar la edición crítica de las inscripciones conservadas, pues, como podrá comprobarse, del mismo pueden resultar datos de gran valor relacionados con el lugar y circunstancias de su hallazgo o con sus rasgos físicos, entre otros. Como no podía ser de otra manera, habida cuenta de sus particulares características, dicho estudio resulta igualmente imprescindible para el análisis de las inscripciones falsas, pues contribuye a completar

---

<sup>1</sup> Palabras tomadas de la carta que, el 29 de noviembre de 1722, escribió Manuel Martí a Gregorio Mayans para comunicarle la nueva petición recibida de Scipione Maffei quien, meses antes, había solicitado su colaboración para la publicación de su gran colección de inscripciones (G. Mayans i Siscar, *Epistolario III. Mayans y Martí*, Valencia, Publicaciones del Ayuntamiento de Oliva, 1973: 90 [transcripción, notas y estudio preliminar de A. Mestre]. Maffei publicó, de forma póstuma, *Clarissimi viri Scipionis Maffei marchionis Artis criticae lapidariae quae extant. Ex Ejusdem autographo ab eruditissimo viro Ioh. Francisco Seguierio Nemausensi fideliter exscripta et a Sebastiano Donato presbytero Lucensi edita, variisque observationibus illustrata & aucta*, Luca, 1765, que se considera el primer manual del epigrafista en sentido moderno (L. Abad y J. Abascal, en G. Mayans y Siscar, *Introductio ad veterum inscriptionum historiam literariam*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1999: 90, n. 374).

nuestro conocimiento sobre los modos, medios y fines que presidieron su elaboración y, por supuesto, su utilización como argumento.

Guiados por esta misma filosofía, en este volumen se reúnen una serie de trabajos que abordan el estudio de la transmisión epigráfica desde una perspectiva múltiple –textual, iconográfica, material– y que afectan a inscripciones que se enmarcan en un amplio espectro cronológico –desde la época prerromana hasta proyectos de refacción de época moderna– y geográfico –si bien son mayoritarias las aportaciones relacionadas con la epigrafía europea y, en especial, hispana–.

El volumen se abre con las contribuciones esencialmente dedicadas a la transmisión textual, ya se vincule esta con fuentes manuscritas, ya con documentación editada: presentadas en un orden que atiende a la cronología o ámbito cultural de las inscripciones cuyo análisis se aborda, obedecen a perfiles muy diversos, aunque, como el lector podrá apreciar, predominan en el conjunto los estudios de caso, bien centrados en una inscripción concreta, bien en un conjunto de inscripciones de un espacio o personaje histórico dado.

Lara Nebreda y Esteban Ngomo revisan, a través de la copia conservada en los manuscritos 5953-5954 de la Biblioteca Nacional de España, el aporte del *Diario del viaje* realizado en 1782 por Francisco Pérez Bayer para el conocimiento de lo que el propio valenciano denominó «inscripciones en caracteres desconocidos», esto es, de las inscripciones paleohispánicas; se destaca, en este trabajo, la gran complejidad de la materia –cuyos estudios estaban en la fecha del viaje del erudito valenciano en una fase apenas preliminar– y las dificultades observadas, en gran medida vinculadas a su particular sistema gráfico, para la correcta lectura e interpretación de los textos transmitidos.

Como ya se adelantó, los estudios dedicados a la transmisión son de particular utilidad cuando se trata de epígrafes perdidos y fragmentarios. Ambas circunstancias se dan cita en el trabajo dedicado al epitafio bilingüe, en latín y griego, de *Procula* (CLE 564, de Roma), que abre la serie de los dedicados a la epigrafía de época antigua y tardoantigua; en él Sandra Muñoz-Martínez ofrece, tras considerar las lecturas previas –en especial, aunque no únicamente, las notas manuscritas de Francesco Gori y Ludovico Antonio Muratori– una nueva edición de este *carmen*, para el que se habían ofrecido alternativas diversas en lo tocante a la distribución del texto en sus partes fragmentadas.

Del mismo modo, este tipo de análisis es idóneo para detectar y contextualizar los errores, voluntarios o no, que tienen que ver ya con la propia

transmisión de los textos, ya con su comprensión histórica, ya con ambos. Así puede comprobarse en el trabajo dedicado por Noelia Cases Mora al pedestal de la *Victoria Aug.* procedente de Cartagena (*CIL* II 3410, hoy en el Museo Arqueológico Nacional); en su estudio de la transmisión manuscrita de este epígrafe, parcialmente inédita, la autora pone de relieve cómo se operó la inclusión en su texto de unas líneas finales que nunca estuvieron inscritas en el mismo y cómo tanto la tradición manuscrita como la historiografía posterior consideró, sin mayores argumentos, que el pedestal conmemoraba la victoria de Augusto en las Guerras Cántabras, punto final de la conquista de Hispania.

A través del estudio de un elenco de inscripciones romanas de Portugal, José d'Encarnação resalta la necesidad de 'revisitar' las fuentes, incluso cuando estas no sean desconocidas, con espíritu crítico: de la nueva inspección de un documento dado, en combinación con las nuevas herramientas de que dispone hoy el epigrafista, pueden resultar, entre otros, la identificación de epígrafes inéditos (como el correspondiente a *FE* 851, de Santarém, registrado en el conocido manuscrito de Francisco Porras de la Cámara de la Real Academia de la Historia, RAH-Madrid-2-MS 23), la recta identificación de los lugares de procedencia de determinados monumentos (caso de *CIL* II 4991, de Cascais) o elementos de interés para el debate relativo a la autenticidad de otros (por ejemplo, *CIL* II 115, de Évora).

Si, como queda demostrado, la aplicación del necesario método crítico precisa examinar las fuentes conocidas al respecto de un epígrafe dado, por el mismo motivo resulta de gran interés la detección de documentos que no fueron considerados en el momento de la elaboración de los diferentes repertorios epigráficos. En este sentido, se presentan en este volumen trabajos que valoran y cotejan manuscritos cuya temática parece distar, en principio, de la materia en estudio, pero que rinden buenos frutos en materia de epigrafía antigua y tardoantigua; así ocurre con los relacionados con el ámbito eclesiástico y la hagiografía, como pone de relieve el trabajo de Sara Squintani, quien completa la cadena de transmisión de *CIL* II<sup>2</sup>/7, 638, de Córdoba, con el concurso, entre otros, del manuscrito titulado *Santos mártires de Córdoba* (ms. BNE 2526). La misma circunstancia se advierte en la contribución de Paloma Balbín Chamorro, David Martino García y Arturo Moreno Benito, quienes, a través de una selección de manuscritos de la Biblioteca Nacional de España, ofrecen una muestra del valor que para la transmisión de la epigrafía hispana, de épocas romana y visigoda, revisten las noticias contenidas en documentos de temática eclesiástica diversa, tales como las historias de conventos y monasterios.

Otro tanto puede decirse de los manuscritos relativos al campo de la heráldica, al que se dedica el trabajo de María del Rosario Hernando Sobrino, quien también se sirve de los fondos de la Biblioteca Nacional de España para mostrar el potencial de este género de documentación, en el que no es inusual encontrar apuntes, por lo común cargados de segundas intenciones, de inscripciones romanas y visigodas.

A estos trabajos se suman aquellos que abren o exploran nuevas vías para el análisis de la difusión de la epigrafía en íntima conexión con la literatura: así, la contribución de Alejandra Guzmán Almagro supone un primer acercamiento al estudio de la inclusión y el uso con criterios filológicos de la epigrafía de Roma en las ediciones humanísticas de los autores clásicos, objetivo para el que se centra en la figura del portugués Aquiles Estaço. Por su parte, la aportación de Gaëlle Herbert de la Portbarré-Viard analiza el papel desempeñado por las colecciones literarias de los siglos IV y VI en la transmisión epigráfica de los monumentos cristianos de Occidente, prestando especial atención a Paulino de Nola.

No podían faltar entre los trabajos relacionados con la epigrafía antigua y tardoantigua los destinados, de modo exclusivo, al estudio de los epígrafes falsos pues, como ya se indicó, el análisis de su transmisión es de capital importancia para conocer las razones –intenciones– que subyacen a la gestación y difusión de estos textos, así como para deslindar, por supuesto, los argumentos empleados en su análisis crítico y posterior rechazo. Dos son las contribuciones destinadas a este fin: en la primera, Valeria Ambriola analiza la ‘historia editorial’ del supuesto epitafio de Roma perteneciente a *Gaudentius*, arquitecto cristiano del Coliseo (en la otra cara de *ICUR VIII 22347*), mientras que, en la segunda, Raúl Manchón Gómez presenta y examina los principales testimonios de los siglos XVII y XVIII relacionados con la denominada ‘piedra ochavada’ del monasterio riojano de San Millán de la Cogolla, cuya presunta inscripción latina aludía al santo titular del mismo (*IHC 65\**).

Si hasta hace apenas unas décadas la epigrafía medieval no había suscitado el interés de filólogos e historiadores, no cabe duda de que, en la actualidad, sus estudios gozan de una gran vitalidad y cuentan ya con una trayectoria metodológica sólida. Entre las contribuciones reunidas en este volumen, predominan las destinadas al análisis de la epigrafía medieval hispana y, de modo particular, las relativas a la transmisión de los epígrafes vinculados con personajes y espacios concretos, tales como los epitafios en latín y castellano de Sancho II de Castilla en el monasterio burgalés de San Salvador de Oña y los de la familia Castilla en el Convento de Santo

Domingo el Real de Madrid, analizados, respectivamente, por José David Castro de Castro y Javier de Santiago Fernández. La nutrida documentación –manuscrita, en casos inédita, e impresa– cotejada por los autores, permite, en el caso del primer trabajo, conocer epitafios diferentes al conservado en el sepulcro del monarca Sancho II en San Salvador de Oña, mientras que, para el del segundo, se muestra clave para reconstruir el conjunto epigráfico funerario del rey Pedro I y varios de sus familiares, completamente perdido tras la demolición del convento madrileño de Santo Domingo en 1869.

En la misma línea se inscribe el trabajo de Álvaro Lorenzo Fernández, quien, a la luz de los datos contenidos en el ms. BNE 17985, estudia la propuesta de refacción de las inscripciones del Panteón Real de San Juan de la Peña, desaparecidas tras el incendio que asoló el Monasterio en 1675, efectuada por el obispo y académico Manuel Abad y Lasierra a finales del s. XVIII, así como las críticas emitidas por parte de su censor. En el mismo siglo, el XVIII, se enmarca la labor de Luis José Velázquez, marqués de Valdeflores, figura trascendental para la epigrafía hispana que Elisabeth Menor Natal analiza en su calidad de transmisor de inscripciones medievales, valiéndose para ello del examen de sus «Inscripciones del tiempo medio desde la entrada de los árabes, i principios del siglo 8º. Hasta el año de 1516», apuntes registrados en el ms. RAH-9-22-2-4106, Sección IV, de la rica Colección Velázquez conservada en la Real Academia de la Historia.

Completan el conjunto de aportaciones relativas a la epigrafía medieval dos trabajos dedicados a otros tantos casos extra-hispanos de índole bien diversa: en el primero, Estelle Ingrand-Varenne pone de relieve cómo la *Descripción de Tierra Santa* de Jean de Würzburg (s. XII) supone un hito trascendental tanto en el conocimiento de la epigrafía de los Estados latinos de Oriente como en la historia de la transmisión de inscripciones: el elevado número de textos transmitidos por este clérigo alemán (46), indica que, lejos de ser elementos marginales o anecdóticos en su relato, las inscripciones fueron de capital importancia para su propósito de actualización de los Santos Lugares, que habían sido reconstruidos o restaurados. En el segundo, Sara López-Maroto Quiñones estudia el túmulo funerario de Johannes Sacrobosco (s. XIII), en su día ubicado en el claustro del Monasterio de Saint-Mathurin de París y actualmente perdido, gracias a los testimonios de los siglos XVI-XVIII; analiza la autora tanto los aspectos materiales del monumento como, también, los cuatro versos que componían el epitafio del célebre matemático y astrónomo, exclusivamente conocido en virtud de la tradición impresa.

En el segundo gran apartado del volumen se registran las aportaciones dedicadas a tratar un aspecto material de las inscripciones que, si bien secularmente minusvalorado, cuando no ignorado, resulta de capital importancia para la comprensión integral de un monumento dado: la iconografía. A su análisis se destinan dos contribuciones: la primera relativa a la epigrafía de época romana, a la de época medieval la segunda; en la primera, Donato Fasolini muestra, mediante el análisis de la transmisión manuscrita de las inscripciones funerarias correspondientes a *CIL V 4653* (Brescia) y *CIL II 3288 y 3303* (ambas de *Castulo*), cómo el estudio de los datos iconográficos puede proporcionar información de interés sobre aspectos muy variados: la biografía del difunto, la difusión y variaciones de los modelos, la identificación de talleres epigráficos y, de no menor importancia, la posible resolución de dudas interpretativas en la transmisión.

En la segunda contribución, Lucía Rodríguez Navarro estudia la conexión e interacción entre iconografía y epigrafía a través del análisis de los capiteles del crucero de la iglesia burgalesa de San Quirce de Los Ausines (s. XII), dedicados a un ciclo del Génesis; formula la autora la hipótesis de que, pese a que por su ubicación resultan ilegibles para el espectador –hecho que podría explicar su tardía transmisión efectiva–, la presencia de las inscripciones, claramente vinculadas a las imágenes, era eficaz de cara al público porque quedaba ligada a la ontología misma de la escritura como expresión del Verbo.

En el tercer apartado del volumen se reúnen, de modo fundamental, las contribuciones destinadas al análisis de algunas de las vías más efectivas y fidedignas de transmisión epigráfica, fuente indispensable para el conocimiento de no pocas inscripciones perdidas: los calcos y las copias reales o *exempla novicia*. En su trabajo sobre la colección de calcos de inscripciones romanas de la Real Academia de la Historia, Juan Manuel Abascal Palazón ofrece una panorámica relativa a la génesis y evolución de la aplicación de la práctica y técnica del calco epigráfico en la península ibérica –que se documenta en torno a mediados del s. XIX y se verá impulsada por la labor de Emil Hübner–, presentando, para este fin, los hitos, colecciones fundamentales e incluso anécdotas que jalonaron este proceso.

Por su parte, David Sevillano López ofrece una muestra concreta del valor de los calcos como fuente para la recta transmisión y difusión del conocimiento del texto de una inscripción de características particularmente complejas: la denominada ‘Estela del Príncipe inmortal’ (s. VII), ubicada en el Monte Gou, en la provincia de Henan (China), que contiene

una de las composiciones literarias más destacadas de la emperatriz china Wu Zetian.

Finalmente, Manfred G. Schmidt analiza, a la luz de tres copias modernas correspondientes a otras tantas inscripciones romanas de *Tarraco* –hoy perdidas– conservadas en la Casa de Pilatos de Sevilla, el valor de las réplicas como fuente para la edición crítica textual; de su cotejo con los datos aportados por fuentes como Antonio Agustín, deduce el autor que los textos transmitidos por estas tres copias, creadas conjuntamente y diseñadas por una única mano, son mejores y más fiables que los aportados por la tradición genuinamente manuscrita, por lo que en una edición actualizada de las inscripciones deberían ocupar un lugar preferente.

El objetivo final de gran parte de los calcos epigráficos no fue sino facilitar la documentación de las inscripciones de cara a la conformación de los grandes *corpora* de referencia que, como es bien sabido, no fructificaría, para el caso de las inscripciones latinas de épocas antigua y tardoantigua, hasta la edición del conocido *Corpus Inscriptionum Latinarum*. Sin embargo, no habían faltado en España, con anterioridad, proyectos para llevar a cabo tal empresa a escala hispana: a uno de ellos, el presentado en 1755 por don Pedro Rodríguez Campomanes a la Real Academia de la Historia, y al jerezano Tomás Andrés de Gusseme, encargado de la preparación del programa de actuaciones para llevarlo a cabo, dedica José Remesal Rodríguez su trabajo, que cierra este tercer apartado del volumen.

En el apartado cuarto y último se registran dos contribuciones en las que se trata, desde ópticas bien diversas, de las ‘diferentes vidas’ de las inscripciones. En la primera, Javier del Hoyo Calleja ofrece una muestra de inscripciones de época romana, esencialmente hispanas, en las que el primer texto inscrito fue modificado o completado poco después, de suerte que, si bien nos ha llegado un mensaje unitario, en realidad este fue realizado en tiempos diferentes. En la segunda, Flavia De Rubeis muestra cómo a partir del s. VI, tras el decreto de Justiniano relativo a la colocación de inscripciones de donaciones o de propiedad en las fachadas y atrios de las iglesias, se popularizó la práctica de exponer en dichos lugares y en formato epigráfico disposiciones testamentarias; con el tiempo, se llegó tanto a falsificar epígrafes, que venían a legitimar según qué propiedades, como a observarse el proceso inverso al inicial: el paso al pergamino del texto de algunos de estos epígrafes.

En suma, con este volumen, tercero de la colección *Epigraphica Complutense*, se ofrece a la comunidad científica un amplio espectro de trabajos que pretenden contribuir al mejor conocimiento del patrimonio epigrá-